

CAPÍTULO I

EL FESTEJO DE LOS BRUJOS

La historia comienza la noche que la bruja Constanza, hermana de la bruja Casilda, había sido elegida por el Consejo de Brujos Blancos como Regente de la Villa de los Brujos del Bosque Escondido. Hubo grandes celebraciones. Los brujos estaban felices, ya que hasta la fecha habían sido gobernados por el Brujo Rencifo, quien era muy severo. Si bien siempre fue justo, también fue muy exigente. Ahora había llegado su hora de jubilarse y luego de una ceremonia en que le entregaron el Gran Bastón Verde en agradecimiento, el Consejo eligió a una nueva persona que portaría el Gran Bastón Blanco, que confería el poder de gobernar.

Esa noche, un grupo de brujos y brujas salieron volando en sus escobas del Bosque Escondido para celebrar la nueva elección. Iban por el Valle de Antón y aterrizaban cerca de riachuelos, allí hacían que aparecieran hermosos arbustos llenos de pequeñas orquídeas blancas, con sus bastones verdes mágicos, hermosamente tallados con diferentes diseños en sus puntas. Felices volaban por el cielo estrellado, cual estrellas fugaces, o por lo menos así le parecían a las personas que alcanzaban a verlos esa noche, y quienes en la mañana se encontrarían los misteriosos “arbustos de la amistad”, como lo llamaban los brujos blancos.

María Isabel dormía plácidamente, soñaba que viajaba en una alfombra mágica sobre parajes escondidos en el Valle. Mientras la fresca brisa rozaba su cara sintió que la llamaban por su nombre, era una voz que conocía perfectamente. Despertó y se dio cuenta que no era parte del sueño, que realmente la estaban llamando. A su lado en la misma cama dormía su hermana más pequeña, Lucía.

–Vamos, despierta– le dijo– que ella nos está llamando.

Lucía se levantó de la cama y juntas salieron fuera de la casita de quincha en que vivían con sus padres, con mucho cuidado para no despertarlos. Una vez afuera se pudo apreciar sus siluetas con claridad. María Isabel tenía once años, era delgada con una larga cabellera negra, y unos hermosos ojos almendrados. Su hermana de ocho años, en cambio, era robusta y con el cabello más corto. Ambas miraban extasiadas el espectáculo de estrellas fugaces que había en ese momento.

– ¡Mira!–dijo María Isabel mirando a su alrededor– ¡orquídeas blancas!, ¡deben estar celebrando algo en el Bosque Escondido!

Lucía corrió hacia un grupo de ellas y se acercó a oler su aroma. Sabía que no debía arrancarlas, porque era una descortesía con quienes las habían plantado. No habían pasado unos minutos cuando la madre de ambas salió sorpresivamente.

– ¿Qué hacen aquí?– las regañó–, ¿no ven que ya es muy tarde?

–Ya íbamos a entrar mamá–se apresuró a contestar María Isabel– sólo estábamos viendo la lluvia de estrellas– agregó mientras señalaba el cielo.

La madre miró hacia arriba sin darle importancia al suceso, no era la primera vez que lo veía.

– ¡Adentro!– volvió a decir y las niñas obedecieron.

De vuelta en la cama Lucía le tocó el hombro a María Isabel.

– ¿Qué te dijo ella?–le preguntó.

–Que a partir de mañana empezará a reclutar a más niños y que necesitaba mi ayuda –fue su respuesta.

Esa misma noche, José Javier, que tenía diez años, se encontraba recostado en una hamaca en la terraza trasera de la casa de campo de sus abuelos. Era un niño muy

despierto, de contextura media, de piel blanca llena de pecas y cabello castaño oscuro muy lacio. Era cerca de medianoche y sus abuelos estaban adentro jugando a las cartas con unos amigos. No se habían dado cuenta que su nieto, en lugar de estar en su cama durmiendo como le correspondía a esa hora, estaba despierto viendo la lluvia de estrellas fugaces en el cielo. En la parte posterior de la casa había una porción grande de terreno que descendía a un pequeño riachuelo, el cual estaba oculto en parte por una hilera de arbustos. José vio algo que le llamó la atención, alguna de esas estrellas fugaces se empezaron a hacer más grandes y a descender al área donde se encontraba el riachuelo. Se bajó de la hamaca y caminó unos pocos pasos abriendo bien los ojos, sorprendido por lo que acababa de ver. Al cabo de unos instantes empezaron a verse luces de colores que provenían del otro lado de los arbustos. Lleno de curiosidad y temor empezó a descender la pequeña loma que se dirigía a la quebrada. Una vez que llegó detrás de los matorrales se detuvo y se asomó entre las ramas para ver qué estaba ocurriendo. Fue grande su sorpresa al ver del otro lado ocho hombres y mujeres que vestían túnicas blancas sentados en escobas voladoras, y llevaban en sus manos largos bastones de los que salían las luces de colores que había visto hace un momento y que al tocar el suelo se convertían en arbustos llenos de orquídeas blancas.

– ¡Viva la Regente Constanza!– gritaban mientras agitaban sus bastones.

José se quedó paralizado del terror. Sentía que el corazón se le iba a salir del pecho de lo fuerte que estaba latiendo. De pronto sintió una mano que le tocaba el hombro, lo que provocó que dejara escapar un grito. Al voltearse vio a la bruja Casilda, con su sonrisa pícaro y su característico guiño del ojo.

–Hola niño pecoso– le dijo, – ¿nos quieres acompañar en la celebración?

José no podía hablar, había quedado mudo.

–No tengas miedo– lo trató de tranquilizar– no te haremos daño.

Sin embargo no había terminado de decir la frase cuando el niño salió corriendo tan rápido como sus piernas se lo permitieron hacia la casa, donde estaba su abuela esperando en la puerta con cara de pocos amigos.

– ¿Qué haces a estas horas por el riachuelo?– le regañó– a esta hora debieras estar dormido y no por allá abajo.

–Si, abuela, pero...– dijo José jadeando.

– ¿Y por qué gritaste?– le interrumpió ésta.

– ¡Es que hay una gente rara allá abajo!– le respondió– ¿ves las luces que hay en la quebrada?

La abuela vio hacia el lugar pero ya no había nada.

–No veo ninguna luz allá abajo– le dijo con poca paciencia, – ve a lavarte la cara y la boca y te vas derecho a la cama.

–Pero es la verdad–insistió José Javier.

– ¡A la cama he dicho!

Y no le quedó otra opción que obedecer, mientras que la abuela se quedaba mirando hacia el riachuelo...de pronto le pareció ver un destello de luz...seguramente era su imaginación influenciada por la del niño.

José Javier no pudo conciliar el sueño. Mientras su hermano menor dormía profundamente en la cama de al lado, él a cada momento se levantaba a mirar por la ventana donde le parecía ver sombras que se movían entre los árboles. Ya no había estrellas fugaces, solo la pálida luz de la luna. Se sentía muy asustado. La noche transcurría muy lentamente para él.

Sintió un gran alivio cuando se percató que había amanecido al fin. La claridad del día le dio un aire de renovada seguridad. Cuando salió de su habitación ya todos

estaban preparándose para el desayuno. A la mesa estaban sentados sus abuelos y su hermano menor Many o Many, como todos le llamaban.

–Vaya, al fin te levantas–le dijo la abuela muy sonreída– ¿soñaste con las brujas anoche?–agregó en broma.

Sin embargo a este no le hizo ninguna gracia. Simplemente se sentó a desayunar. Su abuela no insistió, se limitó a observarlo algo preocupada. Una vez terminaron de desayunar, José bajó nuevamente al riachuelo. A la luz del día todo se veía diferente. No se dio cuenta que detrás lo seguía Many, quien a diferencia de su hermano mayor era más bien flaco, con la piel más bronceada unos ojos grandes y expresivos y solo tenía ocho años.

Al llegar se quedó parado en el mismo lugar donde había visto la noche anterior a esas personas extrañas. De pronto de entre los arbustos le pareció percibir un movimiento que lo sobresaltó. Se fue acercando poco a poco y al asomarse, tras ellos vio a una niña muy delgada.

–Hola–le dijo ella sonriéndole.

–Hola–respondió José– ¿quién eres?

–Me llamo María Isabel ¿y tú?

–José Javier–le contestó éste– ¿Qué haces por aquí?

–*Ella* me dijo que me encontraría contigo en este lugar.

José quedó algo confundido.

– ¿*Ella*? ¿Quién es *ella*?

María Isabel guardó silencio por un momento, solo miró a su interlocutor como esperando una reacción de él.

– ¿Quién es *ella*?–volvió a insistir.

– ¿Acaso no la viste anoche?

Como un chispazo, José entendió a quién se refería. Se trataba de la mujer extraña de la noche anterior.

– ¿Me estás hablando de la mujer que estaba con esa gente que hizo aparecer estas flores blancas?–preguntó temeroso de la respuesta.

– ¡Sí, sí!–contestó ella con entusiasmo – ¡la bruja Casilda!

José empezó a sentirse extraño, y una sensación de miedo lo envolvió. Toda la vida le habían dicho que las brujas no existían y ahora resultaba que esta niña que tenía enfrente le decía que sí.

– ¿Qué es lo que quieres?–preguntó poniéndose a la defensiva.

–Simplemente hablarte de ella y del Bosque Escondido.

– ¿El Bosque Escondido? ¿Qué es eso?–ahora al temor se iba sumando una gran curiosidad. – ¿Además me quieres decir que las personas que vi anoche eran brujos?

–Sí–le explicó ella –, pero son brujos buenos, todos ellos viven en el Bosque Escondido –y señalando a su alrededor agregó–mira, esas orquídeas blancas que aparecen con su bastones mágicos las llaman arbustos de la amistad, los hacen aparecer cada vez que celebran algo.

José miró las flores; él, por lo que había aprendido en la escuela, las conocía como “Flores del Espíritu Santo”.

– ¿Es verdad esto que me éstas diciendo?–le preguntó entonces José.

–Claro, si deseas, puedo llamar a la propia bruja para que ella misma te cuente.

– ¡Sí, sí!–dijo una voz que salía de los arbustos, era Many, que había escuchado toda la conversación– ¡yo quiero conocer a la Bruja!

José puso cara de fastidio cuando vio que su hermano lo había seguido. Sin embargo María Isabel seguía sonreída.

– ¿Quién es este niño tan flaquito?–preguntó divertida.

–Es mi hermano Many, que siempre me anda siguiendo.–respondió molesto, pero eso no pareció importarle al otro, que seguía insistiendo que quería conocer a la bruja.

– ¿Ves este silbato?–dijo María Isabel, mostrando uno que colgaba de una pequeña cadena que llevaba al cuello– cuando lo hago sonar ella viene al instante.

– ¡Llámala, llámala!–dijo Many, saltando emocionado.

María Isabel miró a José para ver si éste estaba de acuerdo. Por fin él asintió con su cabeza, la niña llevó el silbato a su boca y lo sopló. Sin embargo, para sorpresa de los hermanos no hizo ningún sonido.

–No sirve–dijo con cara de decepción Many.

Pero antes de que pudieran decir algo más, un remolino de tierra empezó a formarse frente a ellos y dentro de él apareció la bruja Casilda, sonriendo con su guiño característico.

–Hola, mis niños–les dijo cariñosamente–¡qué gusto verlos a todos!